

## Recuerdos de nuestra costa

---

LA patriótica revista EUSKAL-ERRIA, publicó hace cerca de un año un artículo de D. Angel de Gorostidi, rebosante, como todos los suyos, de amor á las cosas marítimas y de cariño á su pueblo, á la histórica villa de Guetaria, de especiales recuerdos para quien esto escribe.

En aquel artículo, cuyo título he puesto por cabeza de este mío, relata el Sr. Gorostidi heróicos salvamentos realizados por sus intrépidos paisanos, cuarteando valerosamente, por arrancar de horrorosa muerte a ingleses ó alemanes, las mares del Cantábrico embravecido y las balas de los carlistas sitiadores, y termina diciendo, que al tratar de arribadas y salvamentos ocurridos en aguas guetarianas, «viene á su memoria cierta arribada forzosa realizada á la media noche del 10 al 11 de Enero de 1872, por la barca española «Reina de los Cielos», pero que con mejor estilo, mayor galanura y verdad, la relatará el inteligente marino vizcaíno que la efectuó, si á ello se aviene, el día menos pensado, y ante esa posibilidad, que le parece lo más oportuno omitirla, al menos por ahora, mientras viva (quiera Dios que sea mucho) el capitán aludido».

Tal artículo que leí emocionado á raíz de su publicación, ha sido reproducido íntegramente por un periódico de nuestra ciudad, y esa reproducción me ha hecho el efecto de un segundo aldabonazo (ó dicho marineramente, segunda *pitada*) para el capitán vizcaíno, y aunque en la recordada arribada forzosa no se registró acto heróico alguno, ni hubo motivos para ello, ya que están en mi poder

los apuntes y diarios de navegación de aquel marino, voy á responder en nombre suyo á la cariñosa invitación del Sr. Gorostidi, adelantándole desde ahora, que saldrán perdiendo el estilo y la galanura, pero que no se alterará la verdad, y que, invocándola, puedo asegurarle que son agradecidos sus buenos deseos, como lo es el alto concepto que tiene de la brava gente de mar de nuestras costas.

La fragata «Reina de los Cielos», que pertenecía á la inscripción marítima de Cádiz, iba destinada á Santander, con un cargamento de 1.100 toneladas de sal, y pensaba cargar en la bahía de la capital montañesa barriles de harina para la isla de Cuba.

Balaceándose frente á los arenales de Suances, á pocas millas al Oeste del puerto de destino, con mar sorda y tendida del O. NO. y las flojas ventolinas de un Sur decadente, que apenas hinchaban las velas ni imprimían velocidad suficiente para gobernar el buque, vió aquella tripulación acercarse la noche del 8 de Enero de 1872 (día en que el *viejo* de á bordo—como llamaban al capitán con frase cariñosa los marineros de esta costa—cumplió sus 21 años), vió acercarse, digo, aquella noche con la sombría impresión que produce el crepusculo cuando el poniente sol ilumina tímidamente los bordes de negros y aplomados nubarrones que anuncian la inminente tempestad.

El barómetro, que descendía lenta y continuamente; la mar que por momentos era más gruesa y levantado majestuosamente al buque, continuaba en inmensas y elevadas ondas hasta estrellarse contra las rocas ó romper sobre los bancos de la cercana costa, cerrando barras y rías é internándose por éstas con resacas y ruidos que siembran el pavor en los pueblos ribereños; el viento, flojo y á ráfagas, produciendo entre obenques y jarcias sútil silbido, de acento lastimero; los crujidos del maderámen del casco, que en los balances de tiempo encalmado, semejan quejidos de mansa criatura que presiente el próximo padecer, y la agravante consideración de la estación invernal en toda su fuerza, determinaron que aquellos marinos, con la resignación serena que les acompaña en tales casos para mandar, obedecer y trabajar, hiciesen maniobra, recogiendo velas y asegurando pertrechos antes que la obscuridad de la noche ó un avance brusco en la marcha del temporal, originasen serias dificultades ó averías en el velámen ó arboladura.

Apenas había *picado* el timonel la campana de las ocho, sintiéronse las primeras fuertes ráfagas por el S. O.. acompañadas de lluvia, y

poco después, cubierto todo el cielo de nubes espesas que á gran velocidad corrian hacia el Oriente, con el obligado acompañamiento de meteoros eléctricos, fijóse el viento en el O. NO. con la furia de un huracán. Como el aparejo estaba preparado para recibirlo, después de la consiguiente sacudida, quedó el buque *capeando*, amurado por babor, ó sea, haciendo rumbo hacia el Norte.

No he de entrar en detalles, ni abusar de tecnicismos, impropios del carácter de la revista EUSKAL-ERRIA y del objeto de este artículo, relatando las fatigas y angustias de aquella noche y subsiguientes días, con viento más ó menos duro y más ó menos variable, dentro del cuarto cuadrante del horizonte, pero en los que no variaron ni la cerrazón producida por aquellas nubes bajas que despedían heladora llovizna, ni la espantosa mar que hacía balancear al buque horrorosamente y se embarcaba á menudo con riesgo de serias averías. Buque aquél de poca *astilla muerta*, ó sea plano de fondo y con cargamento de peso bajo y poco volúmen, no sólo daba rápidos y violentísimos balances, sino que se aguantaba bastante mal á la capa y *sotaventeaba* arrastrado por fuerte corriente, en términos alarmantes para un barco de más de veinte pies de calado y que no podía, por tanto, pensar en dirigirse á Bilbao, como hicieron otros dos más pequeños, que capeaban también á su vista.

El día 10, por la tarde, estaban á la altura del Abra del Nervión, y aun cuando la cerrazón tenaz le impedía ver los montes queridos, tras de los cuales—vistos desde el pueblo—nos imaginábamos en la inocencia de nuestra infancia, que estaban la Habana y Buenos Aires, vió el marino, con los ojos del alma, aquella su adorada villa natal, que desde siglos, se asienta en la parte derecha de la entrada del renombrado puerto que el Nervión constituye, y vió el Santo Cristo del Amparo, en su tosca y humilde ermita, y vió la consoladora imagen de nuestra Patrona, circundada de áureos ángeles en el centro del artístico retablo de la gótica y espaciosa Parroquia, y rezó un Credo, y rezó una Salve, y sintiendo su espíritu confortado con los efluvios de la cercana nativa tierra y con alientos misteriosos del lejano Cielo, agitóse su pecho con sobrenaturales fuerzas, aligeróse su mente de peligrosos pesimismo, y animoso y decidido, tomó la resolución suprema que, por momentos, se hacía indispensable.

La tripulación de la barca componíase casi en su totalidad de filipinos ó *manilos*, como generalmente se les llamaba, y ni ellos, ni el

piloto, joven valenciano, ni el contra maestre, veterano é inteligente marino de Cádiz, habian nunca estado en esta costa Cantábrica: y no es por tanto de extrañar que al exponerles el capitán en la reglamentaria Junta para casos excepcionales, la verdadera situación del buque y el inminente riesgo de fatal naufragio que les amagaba, sino aseguraban algún fondeadero, ó en último extremo, el puerto de Pasajes, aprobasen la proposición del capitán, mirándole más que como jefe que adopta un plan, como salvador que contara de antemano con el éxito.

Pegóse la gente a las brazas de barlovento; el contra maestre á *lascar* las correspondientes de sotavento, y el piloto á la rueda en ayuda del timonel, y aprovechando el capitán una dejada ó pequeño intervalo de mares menos pronunciadas, ordenó simultáneamente que el timón girase, poco á poco, hacia estribor y las brazas se *halasen* por babor, y en tal guisa, sin accidente alguno, *rompióse* aquella prolongada *capa* y quedó el buque navegando en popa, con rumbo al Este.

La algazara que tal decisión produjo en los marineros y aun entre los oficiales, no podría ser explicada si no se tuviese en cuenta que llevaban ya cuarenta y ocho horas mojados, mal alimentados (porque ni el cocinero ni sus marmitas podían sostenerse) y en casi continua brega, pues por lo demás y especialmente para los que no debían ignorar las circunstancias en que se hizo aquella arribada, verdaderamente forzosa, no tenía nada de alhagüeña la nueva situación.

Solazábase, sí, el cuerpo con aquel tranquilo equilibrio después de tanto curqueo de piernas para aguantar los balances; aliviáronse los sentidos ensordecidos y medio ciegos de tanto azotar del viento y de tanto salitre incrustado; comióse con calma, aunque *á pie enjuto*, y fumóse un cigarro medio seco; pero el espíritu no podía estar tranquilo. La noche que había comenzado, no era, meteorológicamente considerada, tan agitada como las anteriores, pero era peor; podía ser decisiva de vida ó de horrible muerte para los que navegaban frente á ensenadas y puertecitos inaccesibles para buque de tanto tonelaje.

Por eso el capitán, entre las ansias de asegurar un fondeadero y los temores de acercarse á la costa en noche tan oscura, apenas aumentó el aparejo, y navegaba con las cuatro gavias y trinquete arrizado.

Me atrevo á sospechar que habrá marino que al leer estos renglones, si se para á considerar la corrida de tal buque, como desesperado

resto de desastrosa batalla, en costa tal y en noche semejante, la calificará de imprudente, de temeraria y aun quizás se atreva á decir lisa y llanamente, que fué una barbaridad. Y sin embargo, yo, que no he de entrar en detalles de defensa, creo que no fué barbaridad.

El derrotero y los planos señalaban como fondeadero para casos apurados con vientos del Oeste al NO., la ensenada del cabo Machichaco, y en ella creyó poder fondear aquel marino antes que obscureciese, para salvar, cuando menos, las vidas que estaban á su cuidado, pero al llegar á la altura de ese cabo, la cerrazón de la lluvia y una encalmada del viento, obligáronle á lanzarse mar afuera antes de verse empeñado en aquel peligroso trozo de la costa vascongada. Y perdido Machichaco, decidióse definitivamente por la concha de Guetaria.

Sin perjuicio de lo que marcase la corredera, anotaban con especial cuidado la hora á que montaban los faros para mejor calcular la marcha del buque y conocer en todo momento su verdadera situación, y serían cerca de las diez, cuando rebasaron el de Zumaya, teniendo á la vista por la mura de estribor, el de la isla de San Antón de Guetaria.

No puede dudarse que uno de los factores que constituía esperanza, al ir en demanda de aquel fondeadero, era la bravura de los tripulantes de lanchas de nuestra costa y su solicitud para prestar auxilio á cuantas embarcaciones consideraban necesitadas de su concurso, así es que, desde que la «Reina de los Cielos» avistó las luces del pueblo, recogió aparejo, y, á falta de pólvora y cohetes, hizo seriales con luces rojas y blancas, que no fueron apercebidas, pues en noche tan inclemente y estando en el puerto todas las embarcaciones de pesca, los habitantes de Guetaria, ó estaban entregados al descanso ó estaban al socaire de las enormes cubas, apurando sendos tragos del límpido é inofensivo jugo de la manzana, discutiendo y comentando por milésima vez, tal ó cual maniobra y recordando el episodio triste que hacía un año, se llevó entre las olas á algunos de sus compañeros.

Cargaron los del buque las gavias bajas, quedándose con el trinquete al rizo, dos foques y las gavias altas con las drizas á la mano, y después de echar el capitán una última ojeada (a la luz de la bitácora) al planito de la concha que acompañaba al derrotero, visiblemente emocionado y dándole el corazón tremendos saltos (esto de los saltos me lo imagino, pues ciertamente no recuerdo si á los 21 años el corazón dá saltos), mandó con voz sonora la maniobra, y dijo al timonel: ¡Orza! ¡todo a estribor! Ya para entonces, todos los tripulantes esta-

ban en sus puestos; unos con las drizas de gavias en las manos; otros repartidos entre la escota, amura, briosles y chafaldetes del trinquete, atentos á las voces de ¡arria y carga!; el agregado ayudando al timonel; el piloto junto al palo mayor para repetir y secundar la orden del jefe; el contra maestre, con gente suficiente, sobre el castillo de proa, martillo en mano para soltar la chaveta que sujetaba al ancla, y el capitán, sin más guía en aquella lobreguez que la luz del faro, marcando sin cesar sus arrumbamientos. Al demorar la luz por el Oeste, se cargó el trinquete, y momentos después, al avistarse la luz blanca de un buque fondeado, las voces de ¡arria gavias! ¡carga foques! ¡fondo! ¡fila cadena! dichas y obedecidas con rapidez y oportunidad, detuvieron la lenta marcha del buque que quedó fondeado, sano y salvo, á corta distancia de la boya que señalaba el punto mejor del surgidero.

Las luces que á bordo iban y venían, subían y bajaban; las llamadas á tierra con ayuda de bocina, y por fin, el canto genérico del marinero al halar de los cabos y el ruido de la pesada cadena del ancla que debió repercutir intenso y alarmante en el silencio de la noche, pusieron en conmoción al vecindario del pueblo, y dos lanchas tripuladas cada una por dieciseis hombres fornidos, acudieron á prestar al buque los servicios que requiriese.

Asombráronse de que sin ser el capitán algún lobo marino de entre Zumaya y Donostia, se hubiese atrevido á tomar el fondeadero en aquellas circunstancias, y ofreciéronse, noble y generosamente, para cuanto de ellos se necesitase. Siguiendo el sabio consejo del patrón de la escampavía, se ordenó fondear la segunda ancla y tender un anclote por la popa, á fin de evitar que el buque rozase con el fondo si borneaba durante la bajamar, y realizadas esas operaciones con la brevedad consiguiente cuando se cuenta con gente animosa y de fuerzas hercúleas que coge un anclote en hombros, se colocó la luz de fondeadero, se dió á aquellos bravos, pan, vino, queso y café, se dió también á la tripulación del buque un extraordinario, y quedando en cubierta *guardia de mar*, tendiéronse los de la guardia franca sobre sus mas ó menos humedecidos catres á entregarse á un descanso verdaderamente bien ganado.

\*  
\* \* \*

Al siguiente día era el buque objeto de las miradas y comentarios de los vecinos todos de Guetaria, y cuando el capitán bajó á tierra

acompañado de alguno de sus tripulantes, recibió por todas partes mil muestras de cariño y simpatía. Dirigieronse, ante todo, á la iglesia de San Salvador (¡qué advocación tan significativa!); aceptaron más tarde la cariñosa oferta de arrogante guetariana, que bandeja y vaso en mano, á la puerta de una tienda, lo alargó al joven capitán diciéndole: *¿Nai dezu eran sagardua?* á lo que aquél que, aunque vizcaíno, era encartado, descendiente de los que quizás por mejor defender el País y sus derechos en el lenguaje de la Patria grande, acabaron por olvidar el de la Patria chica, no pudo contestar más que con un *eskarrik-asko* y un efusivo apretón de manos á la apuesta y hermosa *neskacha*.

Bajaron luego hacia el puerto, acompañadas por amables y distinguidas personas que en el trayecto se les unieron, y después de contemplar la estatua del valeroso y experto Sebastián de Elcano, que con la pobre y maltrecha nave «Concepción», arribó á las playas de San Lúcar, llevando en sus velas la Cruz de la Buena Ventura, y cargado con la gloria de haber circunnavegado el mundo, se fueron á bordo a prepararse y preparar el buque para reanudar el viaje.

Cinco días después, con mar llana y flojo viento del S. E., abandonó la «Reina de los Cielos» el fondeadero de Guetaria, llevando sus tripulantes y con especialidad su capitán, el corazón henchido de gratitud por las atenciones de las autoridades, de los marineros, de los vecinos todos, colocando entre éstos, en preferente lugar, a la galante joven, que, desde el umbral de la puerta de su casa, le ofreció el vaso de limpia y acaramelada sidra.

Y transcurridos tantos años entre abundancias y privaciones, con placeres y con sinsabores; habiendo gustado la felicidad y experimentando infinitas tristezas, oréase nuestra frente al escribir estas líneas, con debilitadas ráfagas de lejanas brisas de juventud y de entusiasmo, que al traer á la mente dulces y plácidos recuerdos ajenos a éstos, pero de aquellos mismos tiempos, hacen doblemente grata la remembranza de las cariñosas preguntas: *¿Euskalduna sera? ¿Nai dezu eran sagardua?*

JULIAN DE SALAZAR.

San Sebastián, Julio 1908.

